

Daniel Arroyo. Lic. En Ciencias Políticas. Ex Ministro de Desarrollo Social de la Provincia de Bs. As.

PARA QUE LOS JÓVENES SEAN UN FUTURO, ES NECESARIO QUE TENGAN UN BUEN PRESENTE

La Argentina enfrenta hoy un escenario social complejo. Si bien estamos mejor que en el 2001, quedan todavía algunas asignaturas pendientes, en tanto el 26,5% de la población se mantiene en condiciones de pobreza estructural y más de $\frac{1}{3}$ de los ocupados se encuentran en situación de precariedad o informalidad laboral.

Si enfocamos la mirada en la población joven, se evidencia una deuda aún mayor: la desocupación entre los jóvenes alcanza el 20%, y la deserción escolar en el nivel secundario es del 40%. Actualmente existen aproximadamente 1,5 millones de jóvenes de 16 a 24 años que ni estudian ni trabajan, o que entran y salen del trabajo y de la escuela con frecuencia. Estos jóvenes son víctimas de una exclusión material, producto de los bajos ingresos, y de una exclusión cultural, dado que les cuesta interactuar con el mercado de trabajo y muchas veces carecen de los recursos de socialización necesarios para acceder a él. Muchos jóvenes dejan de estudiar porque deben ir a trabajar y otros no trabajan porque son explotados o reciben salarios indignos.

El hacinamiento y el aumento de la venta de droga en los barrios complica esta situación: un ciclo frecuente en los grandes centros urbanos es el de un chico que estando hacinado en su casa, se va a la esquina porque hay más lugar y mejores condiciones, ahí empieza a consumir porque todos lo hacen, y luego se endeuda. Y allí es cuando se le acerca alguien a ofrecerle cualquier alternativa para cancelar esa deuda. Esta es una realidad de la que muchos son víctimas, y se completa con una creciente estigmatización que los identifica como culpables de la inseguridad, perpetuando de esta forma la exclusión y propiciando que estos jóvenes tengan una mirada negativa con respecto a su propio futuro.

Lo concreto es que quienes no estudian ni trabajan son jóvenes en situación de riesgo, que muchas veces no cuentan con redes de apoyo ni con referentes que los acompañen, sostengan y promuevan el desarrollo personal y la elaboración de un proyecto de vida. Si a esta vulnerabilidad se le suman los obstáculos que enfrentan estos jóvenes en su búsqueda de emancipación, y la percepción de que le va mejor a quien se vincula con otras cosas que a quien trabaja, no es de extrañar que se conviertan en presa fácil de quienes puedan ofrecerles espacios de pertenencia y fuentes de ingreso alternativos.

Ante este escenario, la Argentina enfrenta el desafío más importante: el de la inclusión de los jóvenes. Para ello, es clave quitarle lugar a quienes buscan aprovecharse de ellos, y fortalecer el trabajo de los referentes legítimos: aquellos adultos creíbles que sirven de modelos a seguir y que los ayudan a sostenerse en lo laboral o en la escuela. También es importante no sólo acompañar a los jóvenes para evitar la deserción escolar, sino resignificar la escuela secundaria como un espacio de construcción de ciudadanía y de articulación con el mundo del trabajo. Finalmente, es necesario recuperar la noción del trabajo como mecanismo de integración social, que no sólo genera un ingreso sino que suma legitimidad a quien lo percibe; que además de producir objetos, construye sujetos capaces de salir del aislamiento, tomar sus propias decisiones e influir en la

realidad. Recuperar el trabajo como articulador social requiere del esfuerzo conjunto del Estado, el sector privado y la sociedad civil.

La idea de que los jóvenes son el futuro es buena si logramos que tengan presente. Fundación Reciduca lleva a cabo acciones concretas que reconocen a los jóvenes como sujetos de derecho, respetando sus motivaciones, acompañando su desarrollo y brindando herramientas para la participación. Estas acciones, que promueven el sentido del esfuerzo y sacan a los jóvenes de la invisibilidad, son claves para construir la Argentina del mañana.